

Obras y Autores

Julio Barrenechea: "Estados de Animo"

Por HERNÁN DEL SOLAR

Los que, poseídos por la curiosidad, tratan de entender, anecdóticamente, las comienzos de un escritor, tienen en Julio Barrenechea a uno que cuenta los suyos con notoria jovialidad. "Ya en el octavo año, pero aún con los pantalones cortos, don Samuel Lillo me puso de actualidad ante mis compañeros, mostrándome como un poeta, porque le había rimado una composición con una moraleja en verso. Yo, humildemente, protesté que no era poeta. Don Samuel murió en Chile, estimando que yo me avergonzaba de ser poeta, como si ello fuera una lástima. Yo me debí resignar, y bajando los brazos tuve que decir: "Bueno, soy poeta".

Quiso el destino que don Samuel no se equivocara: Barrenechea es poeta y, cosa curiosa, en 1919 fue nombrado miembro de la Academia Chilena y su discurso de incorporación versó sobre la vida y la obra de su antecesor, don Samuel Lillo. Al año siguiente se le otorgó el Premio Nacional de Literatura. Entraba en la cincuentena y ya había publicado obras que le sitúan entre los más importantes poetas de nuestro país: "El mal de las mariposas", "Egipcio del sueño", "Itinerario del mundo", "Mi ciudad", "El libro del amor", "Días raris", Otras han venido en seguida, de un lirismo igualmente valioso, y algunos en prosa: "Israel: un árbol por cada angustia", de gran belleza y justicia—y el autobiográfico "Frutos de paz", donde el ingenio pone ante nosotros y cosas, grandes o pequeñas, una sonrisa coprehensiva, a menudo burlona.

Hoy nos viene de lejos—Colección La Muralla, de Madrid—su último libro: "Estados de ánimo". Nos parece la obra más esencial de nuestra literatura. El poeta se interna en el dolor, busca en el la raíz de la vida, y en su lenta búsqueda a través de días y noches de soledad no halla sino la desesperanza del vacío. Muy distantes estamos de esa alegría de los comienzos, cuando Barrenechea sentía profundo amor de la naturaleza y había tan cordialmente con todo que la expresión resultaba un juego feliz. Recordemos, entre múltiples ejemplos, su "Tertulia con las estrellas": "Adelante./ Adelante./ Pasen aviones, voladoras estrellas./ Si se han de estar toda la noche asomadas a una ventana/ mejor pasen adentro/ si algo les interesa./ Poeta no mña, sin miedo./ que si a quien me pregunta qué es lo que hay en mi cuarto./ ya le diré que son luciérnagas./ Perdón que las recibí en esta habitación/ de soledad gastada./ Es mi traje de casa".

Enunciado de las cosas, de la vida innumerable, de la amistad, de las bellas mujeres, de todo lo que existe, es pronto otra manera la muerte y la ama también: "No pensar en la muerte/ es no amar a la vida"—escrito en un hermoso poema. Y, amando todo, en su poesía, quiso expresar este amor con claridad y sencillez, con elegancia y ternura, sus mejores poemas les guardan las buenas antologías para disfrute de la memoria.

La sencillez y la claridad no se han perdido. Presiden estas "Estados de ánimo". Pero se trata ahora de una claridad y una sencillez que no provienen de una fuerte posesión de las cosas, de cosas bonas, de agudos deseos, de extremas esperanzas. Están brotando de la desdicha del alma, de un pesimismo agudo, de una conciencia de la inutilidad de todo, de la imposibilidad de dar una respuesta valerosa a una pregunta tan simple como la de por qué se vive. El tema de los poemas es el de los estuivos que, despojados de toda pasión, crean en sí mismos y, si no se

rebelan contra la vida, la desdican. La rebelión es un acto apasionado. El desdico es una renuncia pasiva, una aceptación silenciosa del destino, una desorientación del mundo, pero en el fondo es pasividad y cuanto más lleva en sí su irremediable muerte.

Besde el poema inicial—en realidad, el libro es un solo poema, los "estados de ánimo" son uno solo, una única angustia—el poeta abandona el mundo exterior, se interna en el interno, donde están reflejadas todas las cosas de fuera, representadas las días y los años pasados, y en completa soledad se enfrenta frente al fantasma de su ser. Es el amor de su vida. Es el tirano que destruye.

Abre muchas despensas, saca de la memoria
sitrones de lección, patos vacíos, cosas
que existieron a nunca fueron reales materias.
Abren rostros jóvenes de un pasado profundo,
saben como del fondo de aguas oscuras, llegan
ciudades donde nunca estuve y me sorprende
perdido, deplorable, desconocido, solo.

Serán y realidad, lo que fue, lo que pudo haber sido, lo que se desea, se traba, se debe ver como una posibilidad, o así siquiera consiguiera por instantes con alguna nitidez, todo lo verdaderamente visible y todo lo virtual, se entrelaza en lo futuro del poeta y crea un mundo propio, que nace y muere al supio del instante.

Es un paisaje arrasado por la desgracia. Las imágenes que surgen para representarlo viven en la tridimensionalidad de un espejo. Aparecen, se miran, y hieren. Entonces se huye de ellas. Se tiende hacia lo inesperado, hacia lo venidero, que puede tal vez constituir un refugio. Pero en este anhelo se pierden fuerzas y el verso traduce en voz baja y desesperada esta flaqueza del ánimo, este duro temblor del espíritu. Volviendo los ojos al pasado, con solo mirar el aire y quedarse quieto, se van presentando imágenes que constituyeron una vida hondamente sentida, pero esta no ampara, no sirve de nada, es una fuga sin sentido. Entonces se puede buscar en el presente el significado protector de ciertas cosas. Mirar el día pacíficamente—dice el poeta—, "aceptar su regala, / y sentado a su orilla/ mirar pasar su río de horas". No hay cesando para la desdicha del encerrado en su soledad.

¡Oh, cuánto das perdido, cuánto bien malgastado!
¡Cuánta lograda desolación por este esfuerzo
de escrutar el futuro inevitable!

Pero el antiguo amante de la naturaleza siente todavía un débil amparo. Repentinamente, al contemplar un jardín, capta el vigor diestro de la vida. Todo regresa: las ramas se llenan de hojas, brotan flores y frutos, "Los árboles hacen nuevamente sus vestidos nupciales", advierte el contemplativo y dentro de sí ve ese hombre que fue, ese hombre que todo lo amó y canto. De inmediato, la conciencia de lo futuro vuelve a dominarlo. Y se dice a sí mismo: "Es inútil, hermano, vamos llegando a viejos".

Desconsolada sabiduría la de este poeta que se ha vuelto estúpido y poco sordina a su canto.

Julio Barrenechea, "Estados de ánimo" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Julio Barrenechea, "Estados de ánimo" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile